

AÑO IV

15 DE MARZO DE 1881

NÚM. 58

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6
id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis
meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50
céntimos.

La Ilustracion de los Niños

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo
pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de de-
funciones de niños á precios
convencionales.



DOÑA MARÍA MARTÍ DE DOMINGUEZ

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

I. Recuerdos de actualidad. — II. La felicidad está en Dios. — III. Honrar padre y madre. — IV. Cristiana la caritativa. — V. El primer amor. — VI. Un ángel. — VII. La vuelta del marino. — VIII. Jardines botánicos. — IX. Modestia y soberbia. — X. Lecciones familiares. — XI. Miscelánea.

RECUERDOS DE ACTUALIDAD

La vertiginosa rapidez del tiempo no cesa ni con los años ni con los siglos.

A unas estaciones se suceden otras y otras; y el calendario, ese reloj convencional de las horas y de los días, no deja de señalar por intervalos matemáticos las mismas fiestas, las mismas solemnidades.

Nos hallamos á mediados de Marzo y ya hemos presenciado las locuras del Carnaval y las tristes y melancólicas salmodias de la Cuaresma.

En un mismo mes, juntas, inseparables, se encuentran las aberraciones de la carne y las místicas aspiraciones del espíritu.

Tras de los días de orgía y depravacion, aparecen los del recogimiento y de piedad.

Y es que la humanidad siente, á pesar suyo tal vez, la fuerza misteriosa que la impele despues de los momentos de placer á buscar en el culto inmediato de lo eterno la satisfaccion de ese prurito de bienestar que la domina en todos los tiempos y circunstancias.

Todos los pueblos, aún los de la más remota antigüedad, han tenido su Cuaresma para prepararse á predisponer el espíritu á la contemplacion del Infinito.

El Oriente, esa antiquísima cuna de la civilizacion del género humano, la ha contado siempre en el número de sus preceptos religiosos.

La India y el Japon, la Arabia y la Palestina, la guardan como uno de sus más sagrados deberes.

Y esto obedece, no tan sólo á la obligacion que toda criatura tiene á rendir adoracion al Creador, sino á las leyes imperiosas de la naturaleza, modificadas más ó ménos por las circunstancias del clima y de las costumbres.

En ese extenso país de las orillas del Ganges, cuyo sol es abrasador y cuyo suelo exhala miasmas mortíferos, debidos á la evaporacion de las aguas estancadas en su seno, es preciso que el habitante prepare las fuerzas de su cuerpo de una manera especial á la entrada de la primavera para resistir el empuje que en su organismo han de efectuar las condiciones climatológicas del territorio.

En esos inmensos arenales de la Arabia, donde los abrasadores rayos del astro del día propenden al germen de pestes aterradoras que causan estragos incalculables en las masas de poblacion, también es una prudentísima medida de carácter higiénico y hasta política el establecimiento de esa época de ayuno y de variacion de alimentos, con el fin de atemperar la sangre al modo de ser consiguiente á cada estacion del año.

Así es que si la Cuaresma no hubiese sido establecida por la Iglesia, habríalo sido, seguramente, por las leyes.

Prueba de esto es el Código mosaico, que la manda observar con el mayor rigor y bajo gravísimas penas á los infractores.

El Corán ordena también el ayuno y abstinencia del Rhamadan á que están sometidos, sin excepcion alguna, todos los partidarios de la doctrina del Dios Altísimo y Unico.

En la Iglesia de Cristo se ha conservado también como un precepto religioso y como una saludable medida de higiene.

Esta es la causa de por qué entristece este espacio de cuarenta días, que comienza el Miércoles de Ceniza y termina el Domingo de Resurreccion.

Siempre el mes de Marzo es el que ha dado á la Cuaresma el mayor contingente de días, siendo por esto el más favorecido entre los dedicados á las festividades religiosas.

El día 19 celébrase la de San José, patron insigne de la Iglesia universal.

Este modelo de padres, dechado de virtud, es dignísimo de la honra que el pueblo católico le dispensa, siquiera por la que él tuvo de haber mecido en sus brazos al Redentor de la humanidad.

Pobre artesano, supo conformarse con su suerte, trabajando sin descanso para poder dar pan á su amada familia.

Es un modelo que debe ser imitado por todos sin excepcion, pero sobre todo por las honradas clases trabajadoras.

Estas no deben olvidar que la ley suprema del hombre es la del trabajo, y que ésta redime al género humano del yugo de sus necesidades y desgracias.

Y no es que traten de hacer de esto caso omiso, sino que hay enemigos solapados que, so pretexto de difundir la luz, la ilustracion y el progreso entre los obreros, derraman á sabiendas, como licor ponzoñoso, el veneno de utópicas ideas que á nada conducen, como no sea á la ruina y á la impiedad.

¡Fatales consecuencias del error!

Nunca las falsas proposiciones pudieron dar lugar á una consecuencia verdadera.

En este privilegiado mes aparece en el almanaque el «Ángel de las Escuelas,» el sábio doctor Santo Tomás de Aquino.

Este insigne filósofo de la Edad Media, cuya gloria esplendorosa ha llegado creciendo cada vez más hasta nuestros días, es patron de la juventud estudiosa, y por eso no debo pasarlo en silencio en estas columnas.

Santo Tomás es la personificacion grandiosa del genio de la ciencia.

Su *Suma* tiene argumentos para todo y contra todos los que en hora menguada se atreven á dudar de la existencia del Eterno, de su fé y de sus misterios.

El doctor angélico es tan profundo en sus ideas como claro en su exposicion. Su ciencia es positiva, clara, arraigada, indestructible.

Las Universidades, Institutos y Escuelas le respetan y veneran como maestro entre los maestros, y al llegar su festividad la honran cual se merece.

Honradle vosotros también, jóvenes lectores, trabajando sin descanso para conseguir el fruto de vuestro estudio.

La virtud de la perseverancia es la que más os debe distinguir, porque sin ella no es posible dar cima gloriosa á ninguna obra emprendida.

El mes de Marzo os trae, pues, ocasiones solemnes de demostrar la eficacia de esas convicciones que deben haber arraigado en vuestro corazon.

José NOVI Y PERELA

LA FELICIDAD ESTÁ EN DIOS

Cual arista sutil, que el viento agita
en su correr fecundo,
me deslicé, lectores, por el mundo,
de la ventura en pos.
Su imagen persiguiendo, sin reposo
corrí hora tras hora,
sin comprender que es sombra seductora
de espectro tentador.

Gusté de los placeres sensuales
la copa deliciosa,
y abraseme, cual jóven mariposa,
en su brillante luz.
En alas de mi ardiente fantasía,
que sueña de continuo,
de la gloria empujé el bello camino,
pulsando mi laud.

¡Triste de mí! La envidia y la mentira
con viles asechanzas
cortaron mis risueñas esperanzas,
á poco de nacer.
Otro rumbo seguí, y á las delicias
me entregué de la ciencia.
¡Ay! víctima en mi ciega inexperiencia
fui también del saber.

Juzgué que el hombre de razon dotado,
y que tiene el imperio
del mundo, podría hasta el misterio
más hondo descifrar.
¡Pobre razon! en su tenaz porfía,
que hoy tacho de locura,
de encumbrar á la nécea criatura,
me hizo zozobrar.

Y por no confesarse limitada,
y que media un abismo
entre ella y Dios, me ví al excepticismo
correr ciego, febril.
De mí mismo dudé; y hubo un momento,
breve por dicha mía,
en que pensé forzar la tumba fría
con ciego frenesí.

Que si no hay en el mundo do moramos
mas que negros dolores,
la tumba y sus fatídicos horrores
son un cuento, no más.
Al cielo dirigí mi vista errante
con fría indiferencia,
soberbio pronunciando en mi demencia
una frase infernal.

¿Dónde está la ventura? ¿Dónde mora
ese sér peregrino?
¿Es quizá sombra vana? ¿Es mi destino
soñar una ilusion?
¿Acaso abrigo inclinacion innata,
que mi existencia abruma,
de ser feliz, y como leve pluma
que arrastra el aquilon?

¿Huye ante mí, para perderse luego
en la nada increíble?
¡Oh! no: no puede ser; es imposible;
no engaña el corazon.

Y el corazon me dice, cuando late
sin cesar en mi pecho,
que hay un orden moral, sumo derecho,
que rige la creacion.

Existe la ventura, no lo dudo,
lo dice la conciencia:
es del vivir consoladora esencia:
mas dónde está, no sé.

Existe: no lo dudas, voz divina
me dijo con anhelo;
pero no está en la tierra, está en el cielo,
se alcanza con la fé.

En vano en este mundo hallar intentas
esa dicha que ansías:
solo tiene mentidas alegrías,
pesares en rigor.

Y esos placeres, con que brinda ufano
y sin cesar al hombre,
arrancan sin piedad, sí, no te asombre,
lágrimas de dolor.

Solo Dios; ese Dios, que desconoces,
autor de tierra y cielo,
puede amoroso tu constante anhelo
con su gloria calmar.
Él es el bien perfecto, el bien eterno
porque lucha tu alma,
búscale con amor, y dulce calma
en la tierra tendrás.

ANDRÉS CASADO

HONRAR PADRE Y MADRE

CUENTO

Juan Antonio tenia un huerto que era célebre en toda la comarca: en él cultivaba hermosos frutales, de asombrosa fertilidad, como si el Señor hubiera derramado sus bendiciones sobre aquellas frondosas copas, que en el verano convidaban a descansar con su fresca sombra.

Pero no era esta la circunstancia que daba celebridad a aquel reducido recinto, que Juan Antonio habia heredado de sus abuelos: no era la fertilidad ni la bondad de sus frutos lo que le daba una fama que todavía conserva a través de los años.

Habia en él un peral, hoy ya no existe, denominado en muchas leguas en contorno «el peral de la Virgen.»

Esta frase encierra una tradicion que voy a referiros, sin salir garante de su autenticidad: en la aldea todos creen en ella a piés juntillos, como vulgarmente se dice.

Héla aquí:

Juan Antonio se casó con una santa mujer, de quien tuvo tres hijos.

Cada vez que nacia uno de éstos, precisamente en el mismo día, plantaba en su huerto una rama de peral, como si quisiera consignar de este modo, poético hasta cierto punto, la satisfaccion que embargaba su alma al ver perpetuado su apellido.

Los tres hijos eran varones.

Las ramas del peral echaron raíces, y convenientemente cultivadas, empezaron a crecer y a desarrollarse, prometiendo ser unos hermosos árboles, como aquel del que procedían.

Juan Antonio y la buena Marta estaban

locos de contento, y habian bautizado a cada uno de aquellos arbustos con el nombre de aquel de sus hijos que representaba.

Los muchachos se llevaban muy pocos meses, y eran sumamente parecidos, si bien discrepaban algo en sus inclinaciones y gustos.

En la aldea los llamaban «los niños del peral,» aludiendo a que la fecha de su nacimiento estaba representada por un árbol de esta clase.

Andando el tiempo, se hicieron hombres.

Un día Marta y Juan Antonio tuvieron un grave disgusto.

Los tres jóvenes, a semejanza del Hijo Pródigo de que nos hablan las Sagradas Escrituras, manifestaron deseos de ver el mundo, de traspasar el limitado horizonte de su aldea natal, para aprender algo y tener algo importante que referir a sus hijos, cuando los tuvieran, en las largas veladas del invierno, en derredor del hogar.

Juan Antonio les entregó sus respectivas legítimas; su madre les dió su bendicion y un escapulario regado con sus lágrimas, y al día siguiente partieron.

Desde aquel momento la buena Marta se dedicó a cuidar con más ahinco aquellos tres árboles, en los que ella veia representados a sus tres hijos.

Y las plantas parece que se lo agradecian, porque estaban cada vez más lozanas; la brisa jugueteaba en sus copas, y entre su ramaje se posaban los ruiseñores para alisar su plumaje con el pico.

Todas las noches antes de acostarse Juan Antonio y Marta pedian fervorosamente a la Virgen que velase por la vida de aquellos seres queridos.

Pasaron algunos años sin que tuviesen la menor noticia de ellos.

Una mañana que estaba el matrimonio en el huerto cuidando sus árboles, Juan Antonio y Marta se miraron y palidecieron.

El más joven de aquellos tres perales empezaba a marchitarse; aquello solo podia indicar una desgracia.

Desde aquel momento, ambos, sin decirse una palabra, se dedicaron a prodigar al árbol todo género de cuidados, lo mismo que si se tratara de una persona, porque representaba para ellos la entidad moral y material de Jacobo, el menor de sus hijos, Jacobo, a quien sin duda amenazaba alguna desgracia.

Pero aquellos solícitos cuidados, aquellas delicadas atenciones, eran ineficaces; el árbol, que empezó por perder su lozanía, comenzaba a secarse; dentro de poco su tronco y su ramaje solo servirían para aumentar el fuego del hogar en una noche de invierno.

¿Indicaba aquello la muerte de Jacobo, de aquel hijo querido más que los otros porque era el menor de todos?

Juan Antonio y Marta apenas se hablaban; temian comunicarse sus pensamientos, porque eran tristes.

Marta cogió un día el manto, y se fué a la iglesia, donde permaneció llorando y orando por espacio de una hora: cuando volvió a su casa, el peral estaba completamente seco.

La pobre madre acababa de ofrecérsele a la Virgen.

Al cabo de algunos años regresaron a la aldea los dos hermanos de Jacobo.

—¿Y él?—preguntaron a una voz los afligidos padres.

Pero los dos hermanos bajaron la cabeza de una manera sombría, contestando sordamente:

—Jacobo es un mal hombre, que arrastra el apellido que lleva por el lodazal de los más repugnantes excesos.

Y no se volvió a hablar más de él.

Sin embargo, Marta seguia yendo a la iglesia todos los días, y allí oraba y lloraba: Juan Antonio no volvió jamás a recobrar su alegría.

Y pasaron algunos años: los pobres viejos declinaban; iban a morir sin tener el consuelo de abrazar al hijo querido de su corazon.

Una mañana que Marta visitaba el huerto, contemplando aquel árbol simbólico, lanzó un grito de repente, llamando a su marido y a sus dos hijos.

El peral, seco hasta entonces, al parecer, empezaba a dar señales de vida; aquello, que no era una ilusion, podia tomarse como un verdadero milagro.

Bien pronto brotaron las hojas en el descarnado ramaje, se hizo frondosa su copa, y los ruiseñores y los pitirrojitos volvieron a peinar el plumaje, balanceándose en las puntas de las ramas.

Tras de las hojas vino la flor, y luego el fruto.

El árbol se hizo más frondoso aún que sus dos compañeros: era un árbol dedicado a la Virgen.

A la primavera siguiente, en una bellísima alborada de Mayo, Juan Antonio y Marta bajaron al huerto: al pié del árbol habia un hombre, un bulto, en actitud de orar.

Los dos ancianos se precipitaron hacia él.

Era Jacobo, su hijo, que volvía completamente regenerado.

Las oraciones de la madre habian obrado aquel milagro, haciendo que la Virgen le perdonase.

Honrad a vuestros padres, dice el cuarto precepto del Decálogo.

PEDRO ESCAMILLA

CRISTIANA LA CARITATIVA

Para alivio, Cristiana, de otros males,
echóles a unos míseros pardales
unos granos de trigo

en medio de su huerto, sin testigo.

Bendijeron las aves el socorro,
brincando alegres y picando en corro;
pero dejando allí perdido un grano,
cien espigas produjo en el verano,
que despues de arregladas en la era,
feliz guardó Cristiana en su panera.

Así la caridad la paga el cielo,
dando ciento por uno
a quien, movido de piadoso duelo,
hace en nombre de Dios favor alguno.

ALFONSO E. OLLERO

EL PRIMER AMOR

Á MIS QUERIDOS PADRES

DOÑA CRISTINA ÁGUEDA VALERO Y FERNANDEZ DE LA VEGA

Y

DON CRISANTO DIAZ ROLDÁN Y GALÁN DE MONTEMAYOR

No hay amor en este mundo
como el amor paternal,
él es constante é igual
y en consecuencias fecundo;
en la experiencia me fundo,
para afirmar mi opinion:
no hay más hermosa pasión
(si así las pasiones fueren),
puesto que los padres quieren
con todo su corazón.

La juventud soñadora,
loca en sus aspiraciones,
las turbulentas pasiones
son tan solo las que adora;
la imaginación creadora
de sueños y fantasías,
marcha tras las correrías
en pos del placer nefando,
y en tanto va despreciando
los autores de sus días.

¿Quién con más afán prolijo
y con cariño más santo,
ama en este mundo, tanto
como la madre á su hijo?
Es imposible; de fijo
que en balde pretenderás
buscarlo: no lo hallarás;
nadie cual los padres ama.
¡Si hasta Dios, Padre se llama,
para que le amemos más!

CÁRLOS MARÍA DIAZ VALERO.

UN ANGEL

Á LA LINDA NIÑA

PEPITA NOVI

QUE SUBIÓ AL CIELO Á LOS DIEZ Y SEIS MESES.

¡Pepita!... ¡tierno capullo
muerto al nacer! si tu vida,
de tus padres tan querida,
se apagó tan prontamente,
¿por qué naciste? ¿Por qué,
siendo el amor y consuelo
de todos, subiste al cielo
tan veloz, niña inocente?
¿Por qué con envidia fiera
la muerte te arrebató?
¿Por qué una flor nos quitó
tan pura y tan delicada?
¿No comprendió que tú eras
de la familia el encanto,
y que con amargo llanto
te llamamos, niña amada?
¡Pobres padres!... ¡no lloreis!
vuestros ojos enjugad,
y del Señor admirad
la divina Omnipotencia;
pensad, que si os ha quitado
el tesoro más querido,
bien hecho está, porque ha sido
por su bien; ¡tened paciencia!
No lloreis, no, por el ángel
que, rasgando el ténue velo,
ligera se subió al cielo
dejando triste memoria.
Vuestras lágrimas secad,

y su muerte no os aflija,
que el alma de vuestra hija
está en su patria, ¡la Gloria!
Ella os mira desde arriba,
desde el Trono Celestial,
y con voz angelical,
parece que dice así:
«No lloreis padres queridos,
venid en mi compañía,
que el placer y la alegría
reinan para siempre aquí.»

LA POESÍA.

LA VUELTA DEL MARINO

No hay palabras bastante elocuentes en ninguna de las lenguas vivas para expresar la ternura de una lágrima escapada de los ojos de un hijo al abrazar á su padre, después de una larga ausencia; nada más entrañable que el abrazo de una esposa á su marido, después del retorno de un viaje prolongado y peligroso; nada más íntimo que las caricias prodigadas por el padre á toda la familia en ese solemne crítico momento.

Para adivinarlo, es preciso ser padre; para comprenderlo, es necesario sentirlo.

Llevado por nobles miras de especulación, se aleja del hogar el padre de familia, y cruza mares procelosos, y salva montañas escarpadas, y corre todo género de privaciones y de riesgos.

Aquí pierde la quilla de su barco, allí zozobra impelido por el huracán, más allá tiene que habérselas cuerpo á cuerpo con los hotentotes, que quieren sacrificarlo en aras de sus mal reprimidos instintos, y ha de luchar unas veces con las fieras de la selva, otras con los reptiles ponzoñosos de los valles, y otras con las furias de los elementos desencadenados.

Cada peligro que se le avecina, le hace exhalar mil suspiros de dolor, y el nombre augusto de su esposa y de sus hijos resuena otras tantas veces en la sentida invocación que hace al santo patrono. Y el ánimo se ensancha para resistir con valor las contrariedades, y lucha y vence, inspirado por la fé y el recuerdo de la familia.

Si la fatiga le rinde, mientras dormita, sueña con las utilidades que le producen sus excursiones, y mira como ciertas y reales las seductoras visiones que se dibujan en su loca fantasía; sueña con su mujer y con sus hijos, y ese sueño letárgico es el único bálsamo que cierra las heridas ocasionadas por la ausencia.

Donde quiera que se encuentre tiene vivo el sentimiento del amor de padre y de esposo, consuelos inefables que solo puede sentirlos el que dá asilo en su alma á ese generoso y delicado don del cielo.

El ve á sus solas, con los ojos de la razón, todas las habituales tareas de su cara mitad, y celebra sus complacencias y sus goces; ve los juegos inocentes de sus pequeñuelos, y sonríe ante la perspectiva de una de sus travesuras, ó se aflige ante la suposición de un accidente desgraciado.

Y esta lucha interior le obliga, acaso, á precipitar su regreso, cuando la fortuna le brinda sus favores; pero torna contento y animoso, devorando el tiempo y la distancia

por satisfacer, codicioso, los impulsos de su corazón, por estrechar entre sus brazos á los que fueron objeto de sus más gratos ensueños.

Y arriba á la playa, en donde invoca de nuevo á su excelso patrono para darle sentidas gracias, por el regreso, y vuela á la casa herencia de sus padres, en donde lloran la tardanza una esposa entrañable y el fruto de sus amores.

Pero aquel llanto que el dolor provoca, es súbitamente sustituido por otro que produce la alegría; el marino penetra en su hogar y surge la escena que tan fielmente se retrata en el grabado que motiva este artículo.

O todos callan para no quitar expresión á sus cariñosos ademanes, ó todos hablan á un tiempo, como si quisieran disputarse con tal precipitación las manifestaciones espontáneas de sus alegrías.

Es necesario amar, y amar como se aman dos esposos educados para el sentimiento, para definir la expresión del deleite que ocasiona esa entrevista; es necesario llevar en las venas la sangre del marino, para apreciar el fervor del ósculo que estampa en su tostada frente la inocencia de su hijo; es necesario ser padre y ser esposo para experimentar las sensaciones que produce el más sincero y sublime de los sentimientos.

Todos gozan: el padre con la satisfacción que engendra el cariño y con la que nace del placer que ocasiona la entrega de sus utilidades ó ganancias para cubrir las necesidades de la familia; la esposa con las caricias de su marido, á quien contempla de cerca sin recelo alguno de su honradez y sin los temores que inspiran los peligros de una travesía penosa; el hijo con los juguetes con que se le obsequia y con los caprichos que se le satisfacen.

Cuadro majestuoso que se repite en todas las familias honradas; lazo que traba á la sociedad para producir el equilibrio entre los hombres.

Despojad al corazón humano de esos sentimientos, y la obra más grande de la creación, el hombre, sería un accidente cualquiera; quedaria reducido á la condición de una figura decorativa; sería bello como una estatua de Arlés, pero frío como el mármol.

El cariño es el generador de las buenas costumbres; por él se relegan los vicios más arraigados, se moderan los ímpetus, se adquieren hábitos de trabajo y economía. El hombre que resbala en la pendiente cenagosa de los extravíos, al sentirse herido en lo más íntimo de sus fibras por la influencia de un amor tan puro y santo como el de la familia, torna al buen camino y se hace modesto y honrado.

Contemplad despacio el dibujo que representa *La vuelta del marino*, y él os recordará, porque habreis experimentado en alguna época de vuestra vida iguales gratísimas impresiones, cuánta felicidad produce el amor de la familia, y cuánta filosofía encierran los vínculos de ese amor.

VICENTE D. BORDANOVA.



LA VUELTA DEL MARINO

JARDINES BOTÁNICOS

I

¡Cuán poético es el conjunto de plantas que, ostentando sus bellos matices ó exhalando fragantes aromas, constituyen lo que se conoce con el nombre de jardines! Pero la ciencia utiliza estos sitios organizándolos de otra suerte, prescindiendo por completo de la poesía y la estética, para fijarse exclusivamente en la importancia elevadísima que los estudios botánicos reclaman. Tales son los que se conocen con la denominación de jardines botánicos, ó sea colecciones de plantas vivas, clasificadas, en lo posible, con arreglo á un orden científico y dispuestas para el estudio.

Los célebres jardines de Semíramis ofrecieron, en la más remota antigüedad, profusión de flores de adorno, variados frutos y árboles que constituían extensas calles que les libertaban de los ardores del sol. A las rosas y adormideras, únicas flores que adornaban los jardines de la antigua Roma, siguieron los lirios, narcisos y otras varias que llevaron con sus conquistas al resto del mundo entonces conocido.

Considerados los jardines por los antiguos únicamente como sitios de recreo ó de utilidad material, necesitase llegar á mediados de la décima quinta centuria en que Cosme de Médicis, primer gran duque de Florencia, estableció en Pisa, en 1543, un notabilísimo jardín botánico, que ha llegado hasta nuestros días, inspirando la veneración y el respeto que lleva en pos de sí todo lo que ha sido sancionado por la acción del tiempo.

El Senado veneciano no hizo esperar mucho tiempo las muestras de su protección por la ciencia, y fundó el jardín botánico de Pádua en 1546. El siglo XVI, esa época en que parece haber despertado la humanidad de mortífero letargo, en la cual las letras y las ciencias recibieron poderosísimo impulso, en términos de ser conocida con el honroso dictado de época del Renacimiento de las Letras, fué asimismo para la botánica de beneficiosa influencia, y en la referida centuria verificóse la apertura de varios jardines que ya merecen la denominación de templos científicos. Así es que tenemos que registrar en los anales históricos, además de los ya referidos jardines, el que la Universidad de Bolonia fundó en 1568; el que se estableció poco después en Roma; el de Leyden en 1577; el de Leipsik, que fué el primero que se conoció en Alemania, y se fundó por el elector de Sajonia en 1580; el de Mompeller, dirigido por Enrique IV en 1593, primero que se estableció en Francia, pues el de París data del año 1635. En Inglaterra fué el año 1640 cuando se estableció el jardín botánico de Oxford, y en Suecia se estableció en Upsal en el año 1657. Continuaron después en los siglos XVII y XVIII estableciéndose jardines botánicos en las principales capitales de Europa, como el de Coimbra en 1773, y en la época presente se ha extendido á casi la totalidad de las poblaciones de alguna importancia la creación de algún jardín botánico, siquiera sea de dimensiones exiguas.

II

La Península ibérica no ha sido para honra nuestra de los últimos países en reconocer la necesidad é importancia de los jardines botánicos, habiendo existido algunos en que con aspiraciones modestísimas eran, sin embargo, de notoria utilidad para el estudio de las plantas. El naturalista Andrés Laguna, célebre traductor y comentador de Dioscórides, dedicó la obra de este autor á Felipe II, y en la dedicatoria encareció la necesidad de que hubiese en España, á semejanza de lo que acontecía con los príncipes y las Universidades de Italia, jardines en que fuese favorecida la *disciplina herbaria*, de cuyo estudio redundaría gloria y fama no menos que fruto á la nación. Felipe II no dió al olvido ni menospreció las indicaciones de Laguna, por cuyo motivo mandó destinar un espacio de los jardines de Aranjuez, donde la vegetación es tan espléndida, al cultivo de algunas plantas únicamente bajo el punto de vista científico, sobre todo de aquellas consideradas como medicinales. En el año de 1598 parece ser que hubo en Madrid, en la llamada Huerta de la Priora, un *Jardín de yerbas* en que se estudiaban las plantas científicamente, si bien fué de muy corta duración.

Pero, sin duda alguna, al finalizar el siglo XVII no existía ya el jardín, debido á la iniciativa del hijo de Carlos V, ni algunos otros que más ó menos importantes nacieron en aquel tiempo. Fué más duradero el que estableció el botánico Jaime Salvador en las orillas del río Llobregat, no lejos de Barcelona, hasta el punto de haberse cultivado en él notabilísimas especies, alguna de ellas desconocida en el Jardín Botánico de París, para donde se llevaron semillas.

La capital de Andalucía merece singular mención en la historia de los jardines botánicos. Primero, en 1569, se hizo un pequeño ensayo, y más tarde, en el comienzo del pasado siglo, se estableció en Sevilla por la Sociedad de Medicina un jardín botánico que hace más de treinta años se halla destinado á la enseñanza de la ciencia en la Universidad y el Instituto.

El reinado de Felipe V, á pesar de los disturbios políticos á que dió lugar la guerra de sucesión, fué de utilidad para las ciencias, pues en esta época se fundaron en Madrid algunas de las Academias y Sociedades científicas que han dado á la nación gran número de días de gloria. En esta época, el farmacéutico de Cámara, Riqueur, estableció en el Real Sitio de San Ildefonso, y en el Soto de Migas Calientes, dos pequeños huertos botánicos, á los cuales superaba el formado por el Colegio de Farmacéuticos de Madrid, cuya corporación fué creada por el indicado monarca en virtud de Real cédula, expedida en 21 de Agosto de 1737. El del botánico Quer era digno de bastante consideración, como lo demuestra el haber servido muchas de sus plantas para el establecimiento del jardín botánico, establecido por orden de Fernando VI en Migas Calientes en 1755. Más tarde, en 1781, se estableció en el mismo

punto otro, bajo los auspicios de Carlos III, que fué la base del que hoy existe en Madrid. Poco después se establecieron en muchos puntos de la Península, cuyos jardines no tardaron en llamar la atención, como no podía menos de ser, tratándose de un suelo como el nuestro, en que la naturaleza ha derramado con mano pródiga sus bondades.

III (1)

El actual Jardín Botánico de Madrid fué fundado el año 1755 en el sitio próximo á esta capital, denominado Soto de Migas Calientes, desde cuyo punto se trasladó al sitio que hoy ocupa en el Prado, inmediato al Museo de Pintura y Escultura, el año 1781. En dicho sitio fué donde explicaron primeramente los profesores Quer y Minuart las doctrinas de Tournefort, y donde se fundaron el herbario y biblioteca que más adelante han llegado á constituir verdaderos tesoros científicos, de fructífera consulta para el que se dedica al estudio de las ciencias naturales ó las que con las mismas se relacionan. Allí también donde se oyó la voz de Gómez Ortega, de imperecedera memoria, el cual juntamente con el arquitecto Villanueva, concibió la idea de una obra que honra la capital de España, y á la cual la ciencia botánica debe no pocos adelantos. Este célebre botánico fué también el autor de la inscripción latina, colocada en la parte superior de la puerta principal, cuyo texto es:

*Carolus III, P. P. Botánices instaurator
civium salutis et oblectamento
Anno MDCCLXXXI*

que, traducido al castellano, vale tanto como decir: Carlos III, padre de la patria, regenerador de la botánica, dedica este sitio para salud y recreo de los ciudadanos. Este establecimiento ha sido desde la época de su fundación el centro de donde han partido ideas luminosas en la ciencia botánica que han honrado á nuestro país. En él también resonó la voz del ilustre Cavanilles, cuyo célebre botánico fué nombrado director del jardín en 1801, y por más que, desgraciadamente para la ciencia, estuviera muy poco tiempo desempeñando este cargo, realizó mejoras utilísimas, cuales fueron dar nuevo impulso á la Escuela práctica aumentando el herbario, que llegó á reunir unos doce mil ejemplares y enriqueciendo notablemente la biblioteca.

Zea (botánico americano, discípulo de Mutis), Lagasca y otros varios naturalistas de fama, han estado al frente y han dejado huellas benéficas de su paso por tan honroso puesto, y posteriormente han ido variando las condiciones administrativas del establecimiento, en armonía con las leyes y decretos sobre Instrucción pública que se han venido sucediendo, no desmereciendo, antes por el contrario, ganando en importancia científica, y hoy se halla formando parte del Museo de

(1) Algunos datos están tomados del *Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid*, por D. Miguel Colmeiro.

Ciencias Naturales, perteneciente á la facultad de ciencias, la cual, como es sabido, constituye una de las cinco que hoy componen la Universidad central. Cultívanse en el Jardín Botánico de Madrid 7.000 especies, pertenecientes á 130 familias de plantas; hay numerosas colecciones de dibujos vegetales, y reúne en sus herbarios 58.000 plantas. Con lo indicado ligeramente, basta para demostrar su estado próspero y que se halle relacionado con los principales jardines botánicos del mundo.

IV

En un jardín botánico, la ciencia debe ser lo que predomine y á lo que se rinda primero y principal culto, hallándose todo lo demás subordinado á la misma. Pero no está divorciado este pensamiento de que se adornen estos sitios con todas aquellas galas que la naturaleza y el arte suministran para amenizar un jardín. Es, por otra parte, un tributo que rinde la belleza del arte á la severidad de la ciencia, nunca mejor enlazados que en unos sitios donde los mismos objetos que para el hombre científico encierran profundas verdades, son para el poeta motivos de inspiración donde despliega los vuelos de su fantasía. Por eso las estatuas, las caprichosas fuentes, los laberintos, parterres, etc., no se hallan enteramente proscritos de estos sitios, tanto más, cuanto que no dificultan por eso la adquisición de la ciencia, ni la menoscaban en lo más insignificante, ántes por el contrario, contribuyen á crear adictos á la ciencia botánica, ya por sí sola digna de ser conocida por multitud de conceptos, no siendo uno de los ménos dignos de tenerse en cuenta las interesantes aplicaciones que en las diversas fases de la vida social, ofrece ocasión de representar interesantísimo papel.

El orden de colocación en las plantas que hay en los jardines botánicos, es de la mayor importancia, pues depende de este orden el provecho científico que los mismos han de dar en la enseñanza. El método natural, ó sea la clasificación de las plantas por familias, es el que ha de seguirse, y no se alterará como no sea por circunstancias especialísimas que el terreno de que se dispone ó el vegetal de que se trata lo exijan. Eras dispuestas paralelamente y separadas por pequeños surcos para facilitar el riego; tarjetones de tamaños, colores y forma distintas donde se expresen los grandes grupos de vegetales, familias, géneros y especies diversas, y macetas para la colocación de plantas determinadas que no resistan la intemperie; hé aquí las reglas que jamás deben darse al olvido en la formación de los jardines botánicos. Recomiendan algunos valerse de diferentes colores en las tarjetas que sean convencionales para indicar las propiedades de las plantas, y así el negro significa que la planta es venenosa; el encarnado que se usa en medicina; el verde que se emplea como alimento; el azul que tiene aplicaciones artísticas, y el amarillo que sólo es planta de adorno.

Cuando se trata de árboles debe procurarse que ocupen una sola fila para evitar los in-

convenientes de la acumulación de plantas grandes. Los cuidados que los vegetales necesitan, cuales son el oportuno y abundante riego, la trasplantación, abono y los invernaderos ó estufas bien situadas, son indispensables en esta clase de establecimientos para llenar las condiciones que la ciencia exige y que sirvan asimismo para producir resultados más brillantes en la enseñanza, cuyo objeto es, en último resultado, uno de los más importantes á que se destinan los jardines botánicos.

Un abundante y bien cuidado semillero es asimismo indispensable en estos sitios. Su colocación al Mediodía es la más adecuada y, al conservar las semillas, no debe prescindirse de algunos cuidados, como son el orden de colocación y la indicación del año en que hayan sido recolectadas, para no confundir las recientes con las antiguas. Estas semillas generalmente constan en un catálogo, cuya impresión y circulación facilita los cambios mutuos entre los diversos jardines botánicos, lo cual es sumamente útil en casos dados.

Por último, el complemento del jardín botánico es la biblioteca, que no debe faltar para las indispensables consultas que incesantemente ocurren.

No es posible negar los grandes servicios que prestan y han prestado los jardines botánicos á la agricultura y al comercio, además de los que ya hemos dicho referentes á la enseñanza. La historia de muchas plantas exóticas ó pertenecientes á remotos países, cultivadas y trasladadas al nuestro, dice muy alto el valor del jardín botánico, por cuyo medio se ha conseguido este resultado. El café y el del árbol pan, trasladados á muy distintas regiones de donde son originarios, atestiguan la exactitud de lo que acabamos de manifestar.

Estas son las principales consideraciones que pueden hacerse acerca de los jardines botánicos, los que bien pueden calificarse de instructivos libros de ciencia, cuyas páginas han sido cuidadosamente revisadas por el sabio para ofrecerlas á los que tengan la loable intención de leer sus importantes líneas.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG



MODESTIA Y SOBERBIA

Era una nubecilla nacarada,
hija feliz de la risueña aurora,
con tino festejada
por el aura sonora
que en la espesura de los bosques mora.

Emblema del amor, en mil primores
descomponía su cendal suave,
vistiendo los colores
de la flor y del ave,
cuanto en la mente delicioso cabe.

Otra nube también, mancha sombría
del éter matinal puro y sereno,
enemiga del día,
que abrigaba en su seno
el rayo asolador y el ronco trueno,

Sus alas desplegó, y en el espacio,
dijo mirando á la flotante gasa:

«Mio es este palacio.

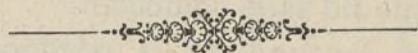
Ninguno ponga tasa

á mi poder, que en mi arrogancia abono
del alto sol hasta el excelso trono.»

Rugió la tempestad embravecida
dardos lanzando de apiñada lumbre,
y triste y perseguida
perdióse en la alta cumbre
la gala del azul honesta y pura
entre los pliegues de la niebla oscura.

Mas roto ya su fatigoso manto,
rodó al averno la voraz tormenta,
y aquella nube en tanto,
testigo de su afrenta,
junto al trono del sol en la mañana
tornóse á aparecer aún más galana.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO



LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

VII

EL MIEDO

A EMMA

¿A dónde vas despavorida? ¿Por qué te
prendes de mis brazos y siento heladas tus
manos? ¿Qué peligros corres cuando así te al-
teras? ¿Quién te persigue?... Tranquilízate,
hija mía, para que escuches mi voz y, con-
vencida, te rias de tu mismo espanto.

Tu ánimo está perturbado por el temor de
un peligro imaginario, pues la risa de tus
hermanos me hace comprender que quisieron
burlarse de tu timidez, haciendo ruido detrás
de la puerta cuando entraste en el cuarto os-
curo. La oscuridad no es más que la ausencia
de la luz, y á poco que reflexiones, compren-
derás que, siendo los fantasmas engendro de
la imaginación, no se aparecen sino á los po-
bres de espíritu, que no saben dominarla; nada
hay sobrenatural en la tierra, y sobrenatural
sería que en la oscuridad se te aparecieran
seres fantásticos que, no teniendo cuerpo, no
pueden existir.

Ven conmigo; penetra otra vez en esa ha-
bitación con ánimo sereno. Mientras más
abres los ojos, ménos ves; y esto te prueba que,
dominada tu excitación, te acostumbrarás á
entrar sola, desafiando apariciones imposi-
bles. Y si alguna vez, como hace un momento,
oyes ruidos extraños, no te alteres, con la se-
guridad de que no te amenaza un peligro; las
asechanzas se preparan en silencio cauteloso
para no errar el golpe, y el ruido anticipado
es aviso preventivo, que hace poner en guar-
dia, para la natural defensa, al hombre ani-
moso, y emprender la fuga al pusilánime.

Los cuentos de brujas y de duendes con que
por instinto de maldad ó por torpeza repre-
nible entretienen á los niños las personas asa-
lariadas, á quienes la familia se ve obligada
á encargarse su cuidado, excitan fuertemente
los cerebros débiles y engendran esas visio-
nes originarias del miedo, que trae tan fata-
les consecuencias.

Las primeras impresiones de la vida nunca se borran: marcan el camino, porque dejan la huella profunda; y como influyen poderosamente en la corriente de la existencia, es preciso cuidar de que no se fijen aquellas que han de lastimar el cerebro ó viciar el instinto; por eso ves, mi querida Emma, que el hijo del veterano aguerrido en los combates se duerme arrullado con la relacion de las victorias de su padre, y al despertar, acaricia su espada, soñando con el día en que podrá ceñirla, sin que le infunda temor la muerte que ha de cruzarse en su camino á cada paso, y, por el contrario, el niño que cierra los ojos por las noches, oyendo cuentos de sucesos y apariciones tan extraordinarias como inverosímiles, duerme sobresaltado, vé en las sombras lo que no existe, y cuando llega á ser hombre, se extremece ante la idea del menor peligro, que no sabe combatir.

No debe confundirse la prudencia con el miedo, como no debe confundirse el valor con la temeridad; la prudencia y el valor son convenientes en sus justos límites; el miedo y la temeridad son siempre perjudiciales.

La prudencia es la virtud del valor; en las grandes tribulaciones de la vida, se prueba el temple del alma de los seres; lanzarse ciegamente á correr el peligro, constituye la temeridad; conservar el ánimo tranquilo para hacer frente y vencerlo, determina el valor; temblar y abandonarse al peligro por falta de resolución, retrata el miedo. Nada más inconveniente en la sociedad que un temerario; nada más noble que un hombre valeroso; nada más despreciable que un cobarde.

Generalmente en la educación de la mujer se descuida la ventaja de infundir alientos á su espíritu, porque se sabe que no nace destinada á luchar en los campos de batalla, ni se ve obligada á defender con las armas las ofensas que se infieren á su patria, á su familia ó á su honor; se dice que la debilidad es uno de los rasgos característicos del sexo femenino, pero se confunde torpemente la debilidad física con la debilidad moral. Verdad es que la mujer no debe ser varonil, para no desvirtuar las inclinaciones que le marcó la sabia naturaleza y que le señala la sociedad; pero debe ser fuerte; no nace destinada á luchar como los hombres; pero tiene que combatir contra un enemigo terrible, tanto más poderoso, cuanto que es invisible: el infortunio.

El infortunio hiere lo mismo el corazón del hombre que el de la mujer, y si lo encuentra apocado, si no se procuró fortalecerlo, si, por el contrario, se le debilitó con escitaciones que, perturbando el cerebro, lo lastiman directamente, no le opondrá la debida resistencia. El valor se adquiere con el hábito de afrontar el peligro verdadero y de no crear peligros imaginarios, que acaban por abatir el ánimo, alterando insensiblemente el sistema nervioso.

El infortunio llama á las puertas del hogar para aposentarse en él cuando la más dulce de las sonrisas, símbolo de la suprema felicidad, se dibuja en los labios de una familia entera: el infortunio, enemigo implaca-

ble, como un turbión lo destroza todo, arrebatada la fortuna, gozándose en presentar el cuadro de la miseria, hiere como el rayo, tronchando la existencia de un ser querido y reparte horribles dolores físicos y morales, sin que le ablanden los ruegos ni le extremecean las lágrimas. El miedoso entonces se desespera, se esconde, se abate y no ve en lo porvenir más que la nube negra que le espanta: el valiente dobla la rodilla para pedir á Dios misericordia, levantando la frente para sufrir con resignación y por entre las pardas nubes que le envuelven, el ojo sereno de la fé divina, el rayo luminoso del arco iris, que le ofrece la esperanza.

El abatimiento es el primer síntoma alarmante del miedo; el abatimiento es el principio de la muerte anticipada.

La importancia del valor se aprecia todavía más en aquellos sucesos de la vida que lo mismo afectan al hombre que á la mujer; no es sólo el infortunio el que á ambos amenaza con idénticas circunstancias; hay calamidades violentas que exigen de los seres humanos valor á toda prueba y serenidad de ánimo, para buscar los mejores medios de salvación: el saqueo de la ciudad en que se encuentran, el incendio de la casa en que habitan, el naufragio del buque en que navegan, les presenta la muerte con iguales horrores, y es necesario vivir preparados para combatir esos peligros, para sufrir sus estragos, y, en último caso, para elevar al cielo los ojos, demandando el perdón de sus culpas en la última hora que tan cruel é inesperadamente llega á sorprenderlos.

El que tiene valor ve el peligro con cristales de disminución y sufre menos; el que tiene miedo ve el peligro con cristales de aumento y sufre doble.

El hombre miedoso sirve de befa en la sociedad, porque abdica de su sexo; la mujer miedosa es víctima de sus nervios, que castigan su debilidad: el miedo en aquel, es una degradación; en ésta, es una enfermedad.

No tengas miedo más que á tí misma, hija mía, es decir, vive con el mayor cuidado para que no te separes del camino de la virtud, cumpliendo estrictamente con los preceptos de la religión y con los deberes sociales, que exigen una vigilancia, de gran responsabilidad en el hombre, para gozar de la calma mientras vive, y de la paz eterna después que muere. Sólo hay un miedo permitido al ser humano, freno de las pasiones y triunfo de la razón: ¡el santo temor de Dios!

(Se continuará.)

MISCELÁNEA

MIS PRIMEROS ESCRITOS.—*La Hermana de la Caridad.*—Mirad en el campo de batalla, y teniendo recostado sobre sus rodillas á un herido, una mujer encantadora; en sus rasgados y azulados ojos puede leerse la expresión de la virtud; sus hermosos labios, abiertos para dar paso á una melancólica sonrisa, dejan entrever un conjunto de brillantes perlas: un modesto traje negro oprime su diminuto talle.

Aquella hermosura inmarcesible, porque si la hermosura de su cuerpo le falta algún día, le quedará la hermosura de su sentimiento... ¡parece un ángel!... En un extenso campo, y en el que diseminados aquí y allá se ven multitud de heridos y cadáveres, se hallan las Hermanas de la Caridad; no las intimida la lluvia de balas que se cruzan en distintas direcciones; impávidas acuden solícitas á quien há menester de sus cuidados, y no es solo en el campo de batalla donde prestan sus atenciones, sino también en los hospitales, donde esas benditas mujeres, símbolo de la caridad cristiana, auxilian al desvalido.

Vedlas en un asilo benéfico á la cabecera del lecho de un pobre enfermo próximo á la muerte, suplicando al Todopoderoso acoja en su seno el alma de aquel desgraciado... ¡Benditas!... ¡Benditas sean las Hermanas de la Caridad!

•••••

EL ORGULLO Y LA VIRTUD.—Manuel y Arturo nacieron, por casualidad, en un mismo día y en una misma casa; Manuel en una pobre y reducida boardilla; Arturo en un elegante y espacioso entresuelo. Manuel, cuando tuvo edad para ello, fué á la Escuela Pía de San Fernando, y allí aprendió á leer y escribir en poco tiempo: Arturo tardó mucho, y aprendió mal, en un Colegio de paga; tuvo, además, profesores de dibujo, francés, etc., y cuando llegó el momento de emprender una carrera, no iba nunca á la Universidad, llegando á hacerse un completo holgazán, vicioso y necio, petulante, caprichoso, perverso y derrochador.

Murió su padre y le dejó por heredero de una bonita fortuna.

Arturo creyó que una suma de esa especie sería inagotable, y continuó su vida de crápula. A Manuel le tocó el ser soldado, y á fuerza de hambres, fatigas y miserias, llegó á ocupar un alto puesto en la Milicia; un día se le acercó un pobre á pedirle una limosna y Manuel reconoció en él á su antiguo vecino y ofrecióle interponer su valimiento para que se le diera una colocación.

—Gracias, amigo mío,—le dijo Arturo con mal reprimido orgullo;—dispénsame Vd. el que no admita su ofrecimiento.

—Usted sabe que siempre me tiene á su disposición, y que mandándome me honra,—le contestó cortésmente Manuel.

Ambos se separaron y Arturo no pudo menos de exclamar: ¡Qué suerte tienen algunos! ¡Infeliz; no sabía, que la virtud dá lo que el orgullo quita; que el trabajo enriquece y que la holganza y los vicios no dan más que miserias y desdichas!

MANUEL LOPEZ CALVO

•••••

EPITAFIO.—Hé aquí el del cardenal Cisneros, inscripción curiosa, que, traducida del latín, dice:

«Yo Francisco, que levanté á las musas un liceo suntuoso, descanso en este sarcófago exiguo. Ceñí la púrpura y el sayal; usé el casco y el sombrero. Fraile, caudillo, ministro y cardenal, llevé al mismo tiempo la diadema y la cogulla, cuando la España me obedeció como á rey.»

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.